

Volver al campo

Una mirada a la mujer rural

Aunque el 80% de la superficie de la tierra es campo, solo un 20% de la población mundial lo habita. En España, se calcula que unas cinco millones de mujeres viven en los casi 6.000 pueblos de menos de 2.000 habitantes, lo que supone que el 40% de la mano de obra rural. Solo una de cada tres reciben un salario. Esta es la crónica de cinco mujeres que viven en Silleda (Pontevedra).

Texto: Graciela Carlos · **Fotos:** Felipe Carnotto

El sonido de un gallo acompaña la primera luz que envuelve el amanecer en Silleda (Pontevedra), un pueblo donde predomina el sector primario entre sus habitantes. Ajenos al cacareo del animal, algunos de sus habitantes hace horas que trabajan. “Nuestra jornada comienza a las dos de la madrugada”, apunta Montse Ferández, la encargada de la panadería. “Tenemos que preparar la masa para que el reparto comience a las 6,30 am”.

Montse Ayude es su compañera de reparto. Tiene 30 años y lleva ocho en la panadería. “Todos los días sigo la misma ruta,” cuenta mientras conduce a través de caminos de tierra encharcados por las lluvias. En su furgoneta no falta el paraguas y una libreta con los pedidos anotados para cada cliente. “Una barra de pan para esta señora, tres para esta familia...” enumera en alto mientras deja en cada portal una bolsa llena de chapatas, panecillos y croissants.

A las 11, los clientes se acercan a recoger sus encargos, todos con una sonrisa en la cara. “Aquí nos conocemos todos, es un ambiente muy familiar”, cuenta. Su trabajo se desenvuelve en un ambiente de mayores ya que muy pocos jóvenes se han quedado en el pueblo. Hasta la irrupción de la crisis, los pueblos españoles se han abandonado y las mujeres no se han incorporado al mercado laboral a los niveles de otros países europeos.

Según un estudio de la Universidad Politécnica de Cartagena, dirigido por Inocencia Martínez y Dolores de Miguel, “el perfil típico de la mujer rural es el de una mujer casada de 50 años, con una media 2,3 hijos y que dedica diariamente cinco horas a actividades fuera del hogar y ocho a las tareas domésticas”. No es el caso de Montse, la panadera. Ella no tiene hijos y reparte su tiempo entre harinas y aulas en la facultad de Farmacia de Santiago de Compostela. “Estoy diplomada en enfermería, pero no he encontrado trabajo como tal, así que he querido seguir ampliando mis estudios”.

Dejar el pueblo

Sólo el 38% de las personas entre 30 y 49 años del mundo rural vive en el mismo municipio en el que nacieron, cuando en 2001 era el 44,5%. Y entre los que más marchan, las mujeres jóvenes son las primeras “hartas de aguantar el esquema patriarcal que domina los pueblos”. Es el caso de María que aspira a irse de Chapa, uno de los pueblos que rodean Silleda. “Me he criado en el campo, pero no me gustaría dedicarme toda la vida a ello, como mi madre”, afirma. Su madre es Fina López (55 años) que lleva desde niña ocupándose a tareas dedicadas al campo y al ganado, todo ello combinado con las tareas domésticas que le atañen día a día.

Su casa, corresponde con el perfil original de una vivienda situada en un contexto rural, con su conveniente corral y cuadras para los diferentes animales con los que convive esta humilde familia. “Vivimos en un ambiente en el que se combina lo rural y lo urbano” admite. Su economía procede únicamente de una explotación familiar muy pequeña, dedicada al ordeño de las quince vacas que ha ido adquiriendo y criando con el paso del tiempo. Son siete las vacas que están actualmente en fase de ordeño y de las que obtienen 125 litros diarios de leche. Su venta supone una media de 1.500 euros mensuales, aunque Fina admite que se trata de un mercado problemático ya que se vende como precio de autónomo. “Cada litro de leche se vende a 30 céntimos, pero no se trata de un precio fijo”, afirma.

Las vacas están conectadas a una máquina que realiza el propio ordeño, dos veces al día, ubicando directamente la leche en una especie de nevera para prevenir que el producto lácteo sea dañado. “Todos los días se saca una muestra de la leche para ver el estado, y si se advierte alguna anomalía, no se vende”, cuenta Fina. Este control se trata de un registro sanitario en el que no se pueden dar ni inhibidores ni células microbiológicas ya que esto significaría que la leche está en mal estado.

El cuidado de los animales supone un esfuerzo a mayores que el que implica el ordeño de las vacas. Cada día Fina acude al campo, en su tractor, para recoger la hierba que servirá de alimento para su ganado. “Tenemos campos que nos sirven para alimentar a los animales e incluso a nosotros mismos porque también tenemos verdura, lechuga, judías...” cuenta mientras carga la hierba al tractor. Su marido, ya jubilado, la ayuda en trabajos de fuerza mayor. “Él suele cortar la leña que utilizamos en la cocina de hierro y entre ambos la acarreamos en carretillas”.

Trabajadoras “invisibles”

Menos del 9% de las explotaciones agrarias en España están dirigidas por mujeres y son de dimensiones bastante más pequeñas que las dirigidas por hombres. El 82% de ellas ayudan en las explotaciones agrarias, pero el 59% no paga ninguna cotización social por el desempeño de una actividad económica. Esto hace que su aportación sea considerada “invisible”.

Diferentes asociaciones en Galicia han empezado a trabajar para proteger los derechos de estas agricultoras, que como Fina, pertenecen a la asociación de autónomos agrarios. Luchan para que el papel de la mujer rural salga de ese anonimato y que su trabajo quede reflejado de forma visible.

Carmen, presidenta de la Federación de Mujeres y Familias del Ámbito Rural, defiende la igualdad de sexos en el trabajo de campo, ya que antiguamente eran solo los primeros los que podían optar a la titularidad de la explotación de tierras. Según fuentes del INE, solo el 28,5% de las asalariadas poseen la titularidad de las tierras que trabaja. “Pretendemos que la mujer tenga una mayor presencia y que, sobre todo no se sienta avergonzada de su trabajo”, cuenta. “Las asociaciones y federaciones que luchan en este ámbito rural pretenden que la mujer se sienta respaldada”, añade. Actualmente un 70% de mujeres son las que han obtenido esta titularidad de explotación, lo que les otorga el derecho de la Seguridad Social y una cotización en el futuro.

Eva Domínguez, es una de las responsables de su explotación familiar dedicada a la ganadería en Silleda. Ella es la clara definición de una luchadora nata ya que siempre se ha preocupado porque los derechos de la mujer agraria queden reflejados y que no solo sean los hombres los que puedan optar a ello. A pesar del esfuerzo y dedicación que acarrea este trabajo, Eva luce orgullo y satisfacción desempeñando sus tareas. Recién acabada la universidad, esta joven duda mucho de que su oficio vaya a desaparecer ya que son cada vez más las mujeres que se hacen autónomas para formalizar este trabajo. Sin embargo, las estadísticas todavía son de espanto. En España el 36% de la mano de obra rural es femenina. Solo el 48% tiene un salario, según rebela el Instituto Nacional de Estadística.

Orgullo rural

Matilde Fernández (45 años) vive en Silleda y es profesora de secundaria en Carballiño. Combina su trabajo de educadora en el instituto con el cuidado de sus dos mellizos de dos años. “La educación es algo esencial, tanto si es en un pueblo como en una ciudad por ello creo que ningún pueblo debe prescindir de este servicio”, afirma. Es profesora de Física y Química y admite que con el paso del tiempo se ha reducido el número de niños en el ámbito educativo, aunque cree que cambiará la situación. “La crisis en la que se encuentra sumida España ha fomentado que muchas familias vuelvan al pueblo”.

Los neorrurales, nuevos residentes, suponen un 17% de la población y si bien no pueden frenar la despoblación, sí están contribuyendo a dinamizar y generar un sentimiento de “orgullo rural” importante. Matilde tiene claro que la mujer rural perdurará por el momento ya que se trata de un sector imprescindible para industria y el comercio. Para que el mudo rural avance, cree que es imprescindible invertir en educación, servicios y comunicaciones. Se



calcula que un 55% de los hombres y un 66% de las mujeres que viven en pueblos se desplazan diariamente para trabajar.

En la Oficina de Correos de Silleda trabaja Beatriz Vilariño (40 años) que se ha dedicado al reparto de cartas toda su vida. Siempre había ejercido de carterera en un ámbito urbano, hasta que hace dos años ocupó la vacante de correos en Silleda. “Me encanta mi trabajo en el pueblo, la gente del rural es completamente distinta. El trato que adquieres con la gente, es mucho más especial”, cuenta.

Beatriz, coincide con Matilde en que la vida rural se está adoptando de nuevo entre las familias. “En los últimos meses se han abierto cuatro casas de gente joven que al quedarse sin trabajo, han decidido vivir del campo”, afirma. Ella combina también su trabajo como carterera con una explotación de campo para la venta de productos ecológicos y le gustaría que sus dos hijas siguieran con sus pasos, aunque lo ve difícil. “Ahora la gente joven tiene los ojos más abiertos y saben que el trabajo como agricultor o ganadero prescinde de horarios y sobre todo de ocio. Se trata de una vida monótona”, afirma.

Montse Fernández, encargada panadería

Monste Ayude, trabajadora panadera

Fina López, encargada vacas y madre de Monste (es la mayor)

Beatriz vilariño, carterera

Eva Dominguez, vacas

Matilde Fernández, profesora carballiño